



# ANIMALES RACIONALES Y DEPENDIENTES. POR QUÉ LOS SERES HUMANOS NECESITAMOS LAS VIRTUDES

ALASDAIR MACINTYRE, PAIDÓS, BARCELONA, 2001

---

**P**AMPLONA AMANECIÓ el día de Todos los Santos sin una nube y con un sol radiante. Hacía una temperatura perfecta para salir de casa, para andar y disfrutar del espectacular colorido que ofrecen los árboles en otoño. Así que me dirigí hacia la Clínica Universitaria para visitar a un amigo anciano, de más de ochenta años, que estaba entonces ingresado. Le puse al día de las últimas noticias. Entre los dos las salpimentamos con divertidos análisis y comentarios. Se encontraba de magnífico humor. Me hubiera quedado a gusto con él un rato más, si no fuera porque hacia el mediodía me vino a recoger un compañero. Íbamos a pasar por el cementerio de Berichitos. Aunque ninguno de los dos llevaba un plano del camposanto, acabamos topándonos - así, literalmente- con los panteones de gente amiga. Allí rezamos los responsos acostumbrados.

En casa la comida estaba, como siempre, a la altura de la fiesta, aunque la repostería -los “huesos de santo” de rigor- merecen una mención especial. Todo contribuyó a que, tras un breve reposo, me sintiera aún con fuerzas para hacer deporte y correr. Mientras daba vueltas por el parque de la Ciudadela, aparte de con los habituales partidos de fútbol, me encontré principalmente con tres grupos de personas. El primero consistía en ancianos, junto con sus acompañantes ecuatorianos, que apuraban los últimos rayos del sol, tranquilamente sentados en los bancos. Eran la gran mayoría. El grupo menos numeroso estaba formado por los matrimonios jóvenes con bebés o niños pequeños que todavía apenas sabían andar: familias provistas de cochecitos y silletas. Como la tierra estaba seca, los padres se sentaban sobre ella mientras observaban cómo sus hijos gateaban a su alrededor. El tercer grupo lo integraban hombres o mujeres solitarios que habían sacado su perro a pasear.

Por la noche, ya en casa, me puse a reflexionar sobre lo que había vivido aquel día. Había un valor sobresaliente en aquellas experiencias y era el de la solidaridad. La jornada resultó especialmente grata por las oportunidades de participar en diversos “actos solidarios” que me brindó, no sólo con los vivos sino también con los difuntos. Pude observar cómo se vivía este mismo valor entre personas pertenecientes a generaciones distintas o entre gentes que provenían de países y continentes diferentes; en otros casos se manifestaba el vínculo solidario, incluso entre un ser humano y un animal.

Ciertamente no era ningún descubrimiento nuevo, pero en aquel momento me impactó con una fuerza particular. Caí en la cuenta de que todos los que nos encontramos en este planeta Tierra, todos los que en algún momento lo habitamos, compartimos mucho más de lo que podría parecer a primera vista. Nada de lo que a uno le ocurre, nada de lo que uno hace pasa sin tener una repercusión en los demás. Esto es así independientemente de que se pertenezca al mundo inanimado o al animado, de que se pertenezca a una especie u a otra; en el caso de los seres humanos, no importa la edad que uno tenga ni el país en el que viva o aquel en el que haya podido nacer. El mundo es igual, el mismo para todos; y por eso, cualquier cosa que nos suceda afecta también -para bien o para mal- al resto de nuestros compañeros.

Constantemente nos recuerdan que ahora ya vivimos en un mundo globalizado. El avance tecnológico en los transportes, en las telecomunicaciones y en la informática por fin nos permite eliminar las distancias, establecer la simultaneidad y entablar un diálogo, intentando lograr un entendimiento con otros, sin preocuparnos ni del tiempo ni del espacio. Pero al caer estas barreras físicas surgen otras en su lugar. La primera es la atención: entre tantos “reclamos publicitarios”, ya no sabemos a qué atenernos. Parece como si nuestros sentidos estuvieran continuamente sobrecargados. Resulta, además, que el asunto que se nos presenta como el primero o el más urgente no es necesariamente en realidad el más importante. Después vienen las barreras culturales, como cuando por ejemplo se impone una lengua de modo excluyente, para cerrar deliberadamente las vías de comunicación con los demás. La cultura puede utilizarse, a veces, no para unir ni

para enriquecerse espiritualmente sino para reforzar prejuicios injustos contra otras culturas y otros pueblos. Y por último están las barreras políticas, que los estados y los gobiernos hábilmente manejan, a menudo para proteger sus monopolios y sus cuotas de poder. Éstas representan serias amenazas a un instinto natural de la solidaridad.

Pero quizá el principal peligro para la solidaridad sea el que se queda en un mero instinto o en un deseo sin justificar. Ya sabemos de sobra lo tenues y frágiles que son los afectos y sentimientos. Por eso hace falta un esfuerzo especial por parte de la razón para atarlos y fijarlos, dándoles una mayor consistencia y un fundamento más sólido. Y ésa es precisamente la función que cumple el reciente libro de Alasdair MacIntyre, *Animales racionales y dependientes. Por qué los seres humanos necesitamos las virtudes*.

Como el propio autor indica, dos son las preguntas fundamentales que trata en esta obra: la primera, ¿qué hay de común entre los seres humanos y las otras especies de animales inteligentes?; y la segunda, ¿por qué es necesario atender a la vulnerabilidad y a la dependencia -rasgos que comporta la condición animal- para lograr nuestra propia felicidad y nuestra perfección moral?

Bajo estos interrogantes subyace el pensamiento de que gran parte de los errores actuales sobre la felicidad y la perfección humanas nacen de cierto olvido de nuestra condición -más aún, de nuestro ser- animal. La ética aristotélica no puede entenderse desgajada de la biología, una biología que MacIntyre califica de "metafísica" por su irrefrenable determinación hacia un fin propio o natural. Ningún tratado ético que verse sobre los bienes, las normas y las virtudes que perfeccionan la naturaleza humana sería adecuado si no tuviese en cuenta o no partiese de nuestra condición animal. La historia humana se engloba dentro de la historia natural.

Curiosamente, dicho olvido había sido propiciado por algunos tipos de excelencia ética propuestos por el mismo Aristóteles. El *megalopsychos* u "hombre magnánimo", por ejemplo, no quiere reconocer su necesidad de ayuda o consuelo por parte de los otros: se avergüenza de tener que aceptar sus beneficios y favores porque piensa que es más propio de un ser superior el darlos que el reci-

birlos. Tampoco quiere acordarse de que, alguna vez, él también ha recibido algo de los demás; por el contrario, siempre goza del recuerdo de los bienes que él ha dispensado.

El rechazo de la vulnerabilidad y la dependencia propias de nuestra condición animal también se transparenta en el “modelo masculino” que presenta Aristóteles para la virtud perfecta. En momentos de adversidad y de pérdida de seres queridos, sostiene que es incluso mejor no tener que acudir a amigos, compartiendo, y de algún modo infligiéndoles, nuestras propias penas. Afirma que aquí se distingue por lo general el varón de la mujer en que aquél no gusta hacer partícipes a los demás de sus dolores y penas. MacIntyre atribuye en parte estos prejuicios desacertados de Aristóteles a la exclusión política de las mujeres, prevalente en la sociedad de su época.

Pero el principal culpable de la negación de la vulnerabilidad y la dependencia constitutivas de la condición humana es el ideal ilustrado de un ser exclusivamente individual, radicalmente autónomo y autosuficiente en su racionalidad. Esta concepción debe mucho al dualismo tajante que introduce el cartesianismo en el ser humano, de tal forma que éste acaba identificándose con una razón separada, ajena al cuerpo animal: como un fantasma dentro de una máquina. El kantismo, con su insistencia en la contraposición entre la libertad, entendida como autonomía, y la naturaleza, concebida como reino de la necesidad y de la heteronomía, también ha alimentado esta corriente desafortunada: ha excluido de la dignidad moral del ser humano su condición corpórea y animal. Donde más completa se ha hecho esta separación, sin embargo, ha sido en el pensamiento existencialista heideggeriano, en el que el ser humano se ha convertido en pura libertad tomada como posibilidad. Desaparecida la última barrera de una ley moral racional y universal, el ser humano se precipita irremediablemente hacia la nada.

Ante semejante rechazo u olvido deliberado, MacIntyre se esfuerza por reivindicar tres tesis. En primer lugar, que la identidad del ser humano, sin ser exclusivamente corpórea y animal, tampoco deja de serlo nunca. El comportamiento de un niño que aún no ha desarrollado su racionalidad se parece mucho al de otros

animales inteligentes. Y lo mismo ocurre hacia el final de la vida: la pérdida o el daño de la memoria que padece un anciano afecta igualmente a su identidad personal. En segundo lugar, que las virtudes de la acción racional independiente -en las que tanto ha insistido el pensamiento ilustrado- requieren como complemento para su adecuado ejercicio el reconocimiento de las virtudes de la vulnerabilidad y la dependencia. A falta de éstas nos forjaremos, seguramente, una visión desacertada de la acción racional humana. Y por último, MacIntyre afirma que para sostener y transmitir ambas clases de virtudes, las de la independencia racional y las de la dependencia reconocida, se necesita un tipo de relación social y una concepción del bien común que trascienden las que actualmente ofrecen la familia y el estado-nación moderno.

El punto de partida de toda reflexión ética es la percepción sensible, una facultad que ejercemos gracias a nuestra condición animal. Mediante la percepción adquirimos informaciones que luego se tornan en razones que impulsan y guían nuestra acción racional y libre. Muchos de los bienes que integran nuestra felicidad o nuestro ideal de una vida lograda sólo los conseguimos en compañía de nuestros semejantes y contando con su cooperación -la comida, el juego, el sexo, etc.-. Aquí, hasta cierto punto, no nos distinguimos mucho de otros animales inteligentes.

Con respecto al desarrollo y la perfección de nuestro razonamiento y nuestro obrar ético, resulta que sólo lo conseguimos en cuanto miembros de nuestra especie: comenzamos aceptando lo que nos hayan enseñado nuestros mayores sobre el bien y el mal, y sólo después podemos empezar a juzgar por nuestra cuenta sobre su rectitud y conveniencia. En el razonamiento moral, como en cualquier investigación filosófica, no hay un punto de partida libre de presupuestos.

Los otros miembros de nuestra especie siempre desempeñan un papel muy importante en nuestra evolución hacia el estado de madurez y perfección, hasta que nos convertimos en sujetos capaces de hacer un razonamiento práctico independiente. Durante nuestra infancia y nuestra niñez nos proveen de los bienes necesarios para la vida, nos alimentan y nos visten, nos instruyen y nos corrigen, nos aconsejan. Y cuando por una causa cualquiera nos

volvemos discapacitados, de modo temporal o permanente, necesitamos de nuevo de la ayuda de los demás para sostenernos y alcanzar aquello que por nuestra cuenta no podemos lograr y, si embargo, nos conviene o incluso nos es imprescindible.

MacIntyre nos proporciona razones basadas en la justicia y no en la mera misericordia por las que tenemos que cuidar a los más débiles e indefensos de nuestra especie -los niños no nacidos y los ancianos- así como a nuestros otros compañeros de viaje en esta gran arca del mundo, fomentando así una solidaridad no sólo intergeneracional sino también entre las especies. Alguna vez también fuimos niños aún no nacidos y para todos llegará el momento, tarde o temprano, de experimentar la vulnerabilidad y la dependencia, por razones de enfermedad o de edad. Pero en ningún caso se puede renunciar a la dignidad del ser humano, por mucho que la racionalidad y la autonomía todavía estén sin desarrollarse o por mucho que -por el contrario- ya nos hayan abandonado. Lo propio del ser humano es sacar fuerza o “virtud” de esta flaqueza.

*Alejo José G. Siso*